

Palestina: ¿fin de partida?



Es preciso señalar una vez más que los únicos que tienen razón —si cabe expresión tan simplista— en todo este conflicto de Oriente Medio son los refugiados palestinos. Pero a los guerrilleros les toca desempeñar el papel de "malos".

La situación militar en Jordania es, por el momento, confusa. Hay un Norte donde los palestinos y los revolucionarios jordanos parecen más fuertes, apoyados por Siria e Irak, un apoyo que quizá no sea tan importante como lo denuncia Hussein —los tanques sirios, ¿existen en realidad?— con la intención de provocar la intervención a su favor. Y un Sur tranquilo, flanqueado por el régimen gemelo de Arabia Saudita, por la RAU, que apoya a Hussein, y por los beduinos, que constituyen la fuerza tradicional del trono hachemita. Los datos de la situación militar pueden variar mucho desde el momento en que estas líneas están escritas hasta su publicación, pero lo que importa señalar es la configuración de lo que podría ser una guerra civil árabe: el Norte de regímenes de «socialismo árabe», Irak y Siria, con la alianza lejana de Argelia, de Yemen —en situación comprometida—, contra el Sur de regímenes feudales con la alianza o al menos el apoyo de la RAU. Esta situación viene planteándose y fraguándose desde hace muchos años —prácticamente desde la descolonización de la zona—; ha sido cuidadosamente sostenida y fomentada por las potencias interesadas en la di-

visión —por orden cronológico, Gran Bretaña, Estados Unidos, Israel—, mediante un juego de castigos y recompensas. Si el enfrentamiento definitivo se aplaza o se suspende ahora, quedará emplazado para un futuro.

Toda la terrible situación actual parece un fruto muy concreto de las magistrales maniobras políticas y diplomáticas de Israel con la colaboración de los Estados Unidos. Todas sus operaciones militares, a partir de los Seis Días, se han dedicado a aislar a los palestinos del resto de la nación árabe, y aun en los mismos Seis Días el exceso de castigo sobre Jordania, que sorprendió a muchos porque Hussein ha sido siempre prooccidental —le llaman «el Americano»— tenía esa calidad de ejemplar: toda nación que albergue o apoye a los palestinos será castigada en consecuencia. Los resultados han sido óptimos. Líbano fue el primer país en renegar de sus guerrilleros palestinos —hasta combatirlos con las armas—, en Siria y en Irak hay fuertes facciones antiguerrilleras y, en fin, la reconversión más espectacular ha sido la de Egipto, con el indudable consejo de la Unión Soviética. El Plan Rogers ha sido la última instrumentación de

esta larga maniobra: una posibilidad de paz, un arreglo posible incluso de los problemas de territorios ocupados, un arreglo de Oriente Medio hacia el futuro; todo ello, a cambio de la eliminación de los «elementos radicales». A cambio de la cabeza de los palestinos.

El dirigente argelino Kai Ahmed ha hecho ahora esta descripción: «Es preciso ser cínico, servil o políticamente miope para no comprender que todo plan procedente del imperialismo no podía tener otro objeto inmediato que no fuera la liquidación brutal o progresiva de la resistencia palestina, único obstáculo al proyecto de todos estos regateos, a saber: la reducción de la nación árabe por la liquidación previa del pueblo palestino en tanto que una entidad que combate por el regreso a sus hogares». Los lectores habituales de estas páginas conocen de antiguo ese aspecto principal del problema. Aquí se ha considerado que a los ojos de los pactantes de Oriente Medio los palestinos resultan los grandes «aguafiestas», los que no aceptan los que no pueden aceptar y están lanzados a todas las formas de la desesperación por el grado de insostenibilidad de sus condiciones. Es preciso señalar una vez más que los únicos que tienen razón —si cabe expresión tan simplista— en todo este conflicto de Oriente Medio son los refugiados palestinos, los dos millones de personas «desplazadas», según su calificación oficial, que no es más que un eufemismo para señalar que fueron expoliados, expulsados de sus hogares, forzados al éxodo y, desde entonces, habitantes de la miseria; contra sus campamentos ha disparado ahora la artillería real jordana.

Es, para ellos, el principio de la «solución final», como Hitler llamó a la exterminación de los judíos. Se trata de aniquilarlos y disolverlos. Todos los papeles en este drama están distribuidos desde hace tiempo y se están representando con arreglo a lo convenido. Los Estados Unidos refuerzan su flota, preparan sus tropas de desembarco, anuncian ya su intención de participar para «proteger las vidas americanas en peligro» (como en Santo Domingo, como, a partir del siglo pasado, en todo el continente hispanoamericano) y para proteger a un gobierno legítimo (Hussein) amenazado desde el exterior (Siria), como ya hicieron en el Vietnam, y años atrás en el Líbano... No necesitan mayor imaginación. La URSS calla y regaña ligeramente a los guerrilleros, que son «extremistas», que padecen las «enfermedades infantiles» de que ya habló Lenin... Aquí, como en Hispanoamérica, el trabajo de la URSS está con los gobiernos o al menos con los sistemas, y no con las guerrillas. Todo el escenario está más o menos preparado para el golpe final.

Es preciso ver que en esta tragedia los guerrilleros palestinos han desempeñado también el papel que desde lejos se les ha atribuido: el de «malos». Son los «piratas del aire», los «secuestradores del desierto». El lenguaje convenido cae sobre la

opinión pública como mazazos. Las trescientas personas secuestradas por la última operación estaban revestidas de todas las características de la inocencia y despertaban un sentimiento de solidaridad en un mundo de viajeros de avión. Los palestinos han caído en la vieja trampa de creer que la razón objetiva y la situación desesperada lo justifican todo, que así llamarían la atención acerca de la justicia de su causa, que serían admirados por la precisión de su golpe y respetados por el cuidado, la casi delicadeza con que han tratado a los pasajeros. No parecen muy enterados de cómo funcionan las cosas en este mundo.

Su acto ha sido más bien una señal esperada, la señal que necesitaba Hussein para lanzarse contra ellos. Hussein representa en Occidente lo contrario de los guerrilleros. Es el «buen árabe» que responde a las nociones románticas de la época de Lawrence y de su literatura en torno y que, como arquetipo, responde al del héroe del fascismo primitivo, del «vivir peligrosamente». La idea de que un día u otro será asesinado (está en lo posible) le da una especie de halo de «hombre de destino». Toda una serie de tópicos —del que no es el menor el de «Hussein y los beduinos», considerando a los beduinos como «los caballeros del desierto» en oposición a los «piratas» que son los guerrilleros— han creado una imagen que ahora parece cerrar el ciclo: el Rey legendario abre la lucha contra los secuestradores de inocentes. Así, cuando los palestinos creían que habían conseguido que el mundo asumiese el fondo de su causa se encuentran con que la idea está totalmente pervertida y todo ello convertido en una especie de «western» donde representan el papel de los «sioux», de los «salvajes».

¿Es este realmente el final? No se ve para los palestinos más que enemigos. Rechazados por Occidente que les considera marxistas leninistas, por la URSS que les considera «extremistas revolucionaristas», por los europeos que les acusan de robar sus aviones y organizar atentados y terrorismo en sus países, apenas gozan de más apoyo, fuera de la nación árabe, que el de China: un apoyo que compromete y no ayuda. Dentro de la nación árabe, los regímenes que parecen apoyarles están lejanos. Los próximos, como Irak y Siria, no son seguros. No resistirán a una presión de los Estados Unidos o a unas «operaciones de castigo» de Israel, y probablemente a unos movimientos interiores. Si los palestinos tuvieran ahora alguna posibilidad de tomar el poder en Jordania, venciendo a las tropas de Hussein, serían inmediatamente atacados por Israel, por los Estados Unidos, que ya saben que esa intervención no pondría en peligro, naturalmente, la paz del mundo. Sin embargo, la «solución final» no parece fácil. Si el problema palestino tiene unas características peculiares y específicas, no debemos olvidar que es parte de un problema mayor: el de la revolución que está pendiente en el Oriente árabe.



Toda la terrible situación actual parece un fruto muy concreto de las magistrales maniobras políticas y diplomáticas de Israel con la colaboración de los Estados Unidos. En la foto, Golda Meir sale de Tel Aviv para entrevistarse con Nixon.